



# El empresario y el burro

## Un cuento popular etíope

Érase una vez un mundo en el que no había coches que ocuparan las calles. Las personas usaban burros y caballos para transportar las cosas de un lugar a otro. Cada día, los comerciantes del mercado cargaban sus productos a lomos de los burros para llevarlos a vender al mercado.

Un día, un comerciante de sal cargó grandes sacos de sal al lomo de su burra y emprendió la larga caminata hasta el mercado. Hacía calor, la sal era pesada y, al poco tiempo, ¡la burra empezó a mostrarse cansada! Mientras la burra y el comerciante caminaban, el animal lloraba y suspiraba, esperando que su dueño le permitiera detenerse a descansar. El comerciante, que también tenía hambre y calor, escuchó sus gritos y suspiros de la burra y buscó un lugar agradable, sombreado y con mucha hierba para que comiera. De paso, el hombre ató a la burra y descansaron por un largo rato. Sin embargo, la burra seguía llorando y suspirando: estaba feliz de descansar y NO quería continuar la larga caminata hacia el mercado. Pero el empresario sabía que no había otra opción y debían seguir adelante. Pensó que podían llegar al mercado, vender un poco de sal y buscar luego un lugar para dormir antes de emprender el camino de regreso a casa. Empujó a la burra hacia el camino y continuaron su viaje.



Un poco más adelante en el trayecto llegaron a un río bonito y de agua fresca. El agua le pareció tan agradable a la burra que quiso nadar un poco. Y, mientras caminaba por el agua, tropezó y salpicó con agua la sal que cargaba en el lomo haciendo que un poquito de sal se derritiera y se disolviera. ¡La burra se dió cuenta de lo que había sucedido y sintió que su carga era más liviana! Entonces, pensó que si mojaba toda la sal que cargaba en el lomo, pesaría menos y le resultaría más fácil caminar el resto del viaje. Entonces, mientras caminaba con su dueño junto al río, tropezó intencionadamente una y otra vez, y luego saltó directamente al agua. Al entrar en el agua, toda la sal pesada se derritió y la burra se liberó del peso. ¡Estaba tan feliz! Pero el empresario no estaba tan contento. Se sentía triste y frustrado, porque ya no podría vender toda aquella sal en el mercado. No tuvo más remedio que regresar a casa con las manos vacías.

Esa noche, mientras la burra dormía plácidamente, el empresario permanecía despierto preocupado por su problema. ¿Qué podría vender en el mercado si su burra ya no podía cargar la sal? Por fin, tuvo una idea. A la mañana siguiente cargó la burra con grandes bolsas de algodón, un material mucho más ligero que la sal. Estaba seguro de que su burra podría transportar el algodón al mercado sin quejarse y que lograrían venderlo ese mismo día. Y así fue: la burra encontró la carga mucho más liviana y caminó contenta junto al comerciante todo el trayecto hasta el mercado. Hacía un día precioso, y tanto el animal como su dueño se sentían optimistas.

Por fin llegaron al río. Esta vez la carga era mucho más ligera, pero la burra pensó que no cargar nada era incluso mejor que transportar algodón. Recordó lo que había pasado con la sal en el río y pensó que volvería a engañar al comerciante. Así que, una vez más, tropezó intencionadamente y se lanzó al agua del río. La burra permanecía en el agua, esperando a que su carga se derritiera como lo había hecho sal. Pero claro, la sal y el algodón son muy diferentes. Cuando la burra intentó salir del río, ¡descubrió que su carga era diez veces más pesada que antes! El algodón de su lomo había absorbido tanta agua que apenas podía aguantar el peso. El empresario tuvo que tirar y tirar de la burra para ayudarla a salir del río. Ambos gruñeron durante todo el camino hasta el mercado. El empresario se sentía satisfecho de que, al menos, podría secar su algodón al sol y venderlo para ganar dinero. Sin embargo, la burra tuvo un viaje horrible y su día fue muy duro: aprendió que, lo que parece ser una “salida fácil”, no siempre es la mejor opción.

